

De la plantación a la Plantación: diferencias y semejanzas en el Caribe

¿Existe una cultura pan-caribeña?

En el pueblo de El Caney, en las cercanías de Santiago de Cuba, hay un conjunto de ruinas que corona la altura más importante del lugar. Se trata del fuerte El Viso, arrasado por la artillería en los últimos días de la Guerra de Independencia (1895-1898). Allí, en los muros baqueteados por la metralla, puede verse una tarja de bronce que rinde homenaje al valor del general Vara del Rey, quien sin acogerse a los beneficios de una capitulación honrosa, devolviendo cañonazo por cañonazo, defendió obstinadamente la posición hasta caer entre el puñado de hombres a que había sido reducida su tropa. La tarja y sus palabras de reconocimiento, así como los trabajos de restauración que hacen posible el acceso hasta la misma torre del reducto, son muestras de la admiración de los cubanos ante la conducta de este valiente general y de sus soldados.¹ Nada más natural si Vara del Rey hubiera muerto combatiendo contra España. Pero no fue así, sino lo contrario: Vara del Rey fue un militar severo y duro que peleó hasta el final por prolongar, siquiera unas horas más, la dominación española sobre aquella cota fortificada de la Sierra Maestra.

Actitudes de esta naturaleza no abundan en el mundo, y mucho menos en los países no caribeños de la América Latina, donde ha subsistido cierto resentimiento hacia lo español. De manera que el caso descrito podría resultar paradójico, o bien tomarse como algo excepcional. Sin embargo no es así. En el Caribe la gente común y corriente ha conservado como profundamente suyos los muros de piedra que dan fe de su pasado colonial, incluso los más contradictorios, como sucede con el fuerte El Viso. En realidad puede decirse que no hay ciudad del Caribe hispánico que no rinda un verdadero culto a sus castillos y fortalezas, y por extensión, a la parte «vieja» de la ciudad, como ocurre con el Viejo San Juan y La Habana Vieja. Allí el edificio colonial es visto con una rara mezcla de respeto y de familiaridad. Posee un prestigio un tanto secreto, que viene de atrás, algo semejante al que suscita en los niños pequeños el gran escaparate de la abuela.

Esto no puede menos de llamar la atención por cuanto, como se sabe, la colonización española fue autoritaria en lo civil, monopolista en el comercio, esclavista en la produc-

¹ El propósito de darle realce al lugar fue tan deliberado, que en los alrededores se colocaron, a manera de adorno ambiental, antiguos cañones de los siglos XVII y XVIII, y en la cima de la torre se emplazó una hermosa y pesada culebrina de bronce que llevaba labradas la figura del sol flamígero de Luis XIV y una leyenda que da fe de su fundición en las armerías reales de Francia. La historia de cómo esta magnífica pieza fue a parar al pueblo de El Caney, daría pie para escribir uno de esos relatos novelescos que siempre sugiere el contacto con la historia del Caribe.

ción, intolerante en lo religioso, corrupta en la administración, beligerante con respecto a cualquier corriente reformista, y discriminadora ante el indio, el mestizo, el negro, el mulato e incluso el criollo hijo de peninsulares.

No obstante lo justo de estos cargos, el cuadro colonial español en el Caribe, sin llegar a constituir lo que podría llamarse otro modelo, presentó diferencias sustanciales con relación al esquema predominante en los territorios continentales, sobre todo en los grandes virreinos de la Nueva España y el Perú. Estas diferencias surgieron en el proceso de adaptación del poder metropolitanó a condiciones geográficas, demográficas, económicas, sociales y culturales que ejercían su acción de manera específica en el área insular del Caribe y, en menor grado, en la angosta zona continental que linda con dicho mar. Quiero decir con esto que el Caribe ibérico es parte de la América Latina, pero también parte de una región mucho más compleja, marcada por el pluralismo lingüístico y la uniformidad de la Plantación: la región Pan-Caribe.

Por otro lado, aunque tales características ayudan a definir la región, el hecho de que Inglaterra, Francia y Holanda —también Dinamarca y Suecia— impusieran allí su presencia mucho después que España y Portugal, y sobre todo, la circunstancia de que orientaran sus respectivas economías por los caminos avanzados del capitalismo, contribuyó, junto con las consecuentes diferencias de lenguas oficiales, creencias religiosas, costumbres, etc., a darle un aspecto heterogéneo a todo el Caribe colonial. De manera que si bien se constata la presencia de rasgos comunes, cimentada por importantes experiencias históricas compartidas por igual —conquista europea, rápido exterminio del aborigen, esclavitud africana, economía de plantación, inmigraciones de asiáticos, rígida y prolongada dominación colonial—, no es posible negar o soslayar la existencia de factores que le restan coherencia al área y producen un sistema de diferencias dentro de ella misma. Estas diferencias serían más profundas, a todas luces, entre los territorios colonizados por España y Portugal, y los que lo fueron por Inglaterra, Francia y Holanda; por la misma razón, serían menos profundas dentro del conjunto colonizado por estas últimas naciones, las cuales practicaban en el siglo XVI no un mercantilismo monopolista y retardatario al modo ibérico, sino una variante más activa que habría de conducirlos eventualmente al capitalismo industrial. Por supuesto, no podría minimizarse el hecho de que estas potencias se hallaban a la sazón en distintos momentos socioeconómicos, ni tampoco podrían ignorarse sus diferencias políticas y los variados modos con que abordaron su expansión ultramarina, así como las vías particulares que siguieron para insertar las nuevas sociedades coloniales en la *periferia* del sistema capitalista mundial.

El testimonio de los numerosos viajeros al Caribe suele aportar una valiosa información a los efectos de precisar semejanzas y diferencias entre los distintos bloques coloniales:

Kingston es la mejor de nuestras sociedades en las Indias Occidentales [escribió James Anthony Froude] y Kingston no tiene ni siquiera un buen edificio. La Habana es una ciudad de palacios, una ciudad de calles y plazas, de columnatas y torres, de iglesias y monasterios. Nosotros los ingleses hemos construido en estas islas como si fuéramos visitantes de paso [...] Los españoles construyeron como en Castilla; construyeron con el mismo material, la piedra blanca de cantería que encontraron tanto en el Nuevo Mundo como en el Viejo. Los palacios de los nobles

en La Habana, la residencia del gobernador, son reproducciones de Burgos y Valladolid [...] Y trajeron con ellos sus leyes, sus costumbres, sus instituciones, su credo, sus órdenes religiosas sus obispos y su Inquisición.²

Sin entrar de momento a detallar las causas de esta perceptible diferencia entre una colonia española del Caribe y cualquier isla vecina administrada por Inglaterra o por otra potencia colonialista, expongo a continuación un juicio de signo contrario; esto es, la impresión de que entre los distintos bloques coloniales hay rasgos de importancia que les son comunes:

He viajado por todas partes de este mar vuestro de los caribes [escribió Père Labat], de Haití a Barbados, a Martinica y Guadalupe, y sé de lo que hablo [...] Todos vosotros estáis juntos, en el mismo bote, navegando en el mismo cierto mar [...], la nacionalidad y la raza no son importantes, apenas pequeñas y endebles etiquetas comparadas con el mensaje que el espíritu me trae; y éste es, el lugar y el predicamento que la Historia os ha impuesto [...] Lo vi primero en la danza [...], el *merengue* en Haití, el *beguine* en Martinica, y hoy escucho, dentro de mi viejo oído, el eco de los *calypsoes* de Trinidad, Jamaica, Santa Lucía, Antigua, Dominica y la legendaria Guayana [...] No es accidental que el mar que separa vuestras tierras no establece diferencias en el ritmo de vuestros cuerpos.³

Independientemente de los matices entrañables y bíblicos de este texto, es interesante ver cómo Labat, sagaz observador, esboza en los finales del siglo XVII la hipótesis de una unidad caribeña más allá de las fronteras impuestas por los distintos poderes coloniales. Es decir, mientras Froude dirige su atención a las desigualdades, Labat se deja ganar por las semejanzas.

Es precisamente la distinta apreciación de la naturaleza y el grado de intensidad de estas semejanzas y diferencias, o si se quiere estas fuerzas centrípetas y centrífugas que actúan en el Caribe, lo que ha llevado a la mayoría de los especialistas en la región a tomar posiciones en torno al eje *unidad/diversidad*, sobre todo desde la perspectiva de la cultura. Hay que reconocer, sin embargo, que la escasez de estudios comparativos, los cuales rara vez trascienden una misma zona lingüística, y de investigaciones de carácter global o interdisciplinario, dificultan enormemente una conclusión definitiva al respecto. Por otra parte, la presencia en el pasado de una fuerte economía de plantación en el sur de los Estados Unidos, o bien en el nordeste del Brasil, no facilita la delimitación clara del área, lo cual, a mi modo de ver, resulta una tarea punto menos que imposible. Tampoco se puede pasar por alto la dificultad que, a todos los efectos, plantea la explotación desigual y escalonada de la región, peculiaridad que ha sugerido recomendar, a los fines de ciertos análisis, un método comparativo que acuda al cotejo no sincrónico de la información estadística. Así, se podría comparar la sociedad cubana del siglo XIX, ya inmersa en la Plantación propiamente dicha, con la de Saint-Domingue del siglo XVIII y cualquiera de las dos, con la de Barbados, en los finales del siglo XVII, cuando la expulsión de los holandeses del nordeste del Brasil difunde allí la más avanzada tecnología azucarera de la época. De todo esto, pues, es fácil concluir que las categorías *espacio* y *tiempo* son muy relativas en el Caribe.

² James Anthony Froude, *The English in the West Indies*. Cita tomada de Franklin W. Knight, *The Caribbean* (New York Oxford University Press, 1978), p. 60. Froude escribió este texto en 1888. La traducción al español es mía.

³ Père Labat, *Nouveaux voyage aux isles de L'Amérique*. Cita tomada de la obra citada de Knight, p. 189. La traducción al español es mía.